

CAPITULO V.

Vidas del venerable padre Fr. Juan Bravo, y del padre Fr. Buenaventura de Arriaga.

Aunque con la solicitud debida he inquirido las particulares virtudes y operaciones de los venerables varones, objetos de este capítulo, no he hallado la estension que era necesaria en esta crónica, por descuido de nuestros padres, que pusieron menos cuidado que el necesario en dejar á la posteridad noticias de los apostólicos hijos de esta provincia, nuestros hermanos, para que sus religiosas operaciones sirviesen de estímulo en estos tiempos á nuestras tibiezas: pero habré de retirar al pecho esta queja por no desperdiciarla, que cuando las advertencias no encuentran con el remedio, mas acertado es que se ahoguen en lo interior de los lábios. Referiré solamente lo que ciertamente sé de estos venerables religiosos, para que en lo poco que apunto de sus virtudes, vengan los lectores en conocimiento de su agigantada grandeza; y adviertan que sugetos que acabaron con fines tan gloriosos, se dispusieron para ellos con proporcionados medios.

No hay noticia individual de los padres, ni patria, del padre Fr. Juan Bravo, aunque algunos dicen ser hijo de la ciudad de Zacatecas, que tomó nuestro santo hábito en el convento de la villa del Nombre de Dios, cabecera que fué á los principios de esta custodia: luego que recibió nuestro santo hábito, comenzó á dar muestras de perfecto religioso, y habiendo pasado su año de noviciado, profesó con especial gusto de todos, que concibie-

ron en el nuevo soldado de la milicia seráfica un religiosísimo obrero en el cultivo de la recién plantada viña de la custodia nueva de Zacatecas. Fué tan ajustado Fr. Juan al cumplimiento de las obligaciones de nuestro instituto, que en toda su vida no se le notó el mínimo deslíz en la literal observancia de su apostólica regla: vistió á raíz de las carnes siempre un roto y grosero saco; su ayuno fué indispensable en las cuaresmas, advientos, y aun en los que solamente pone por consejo nuestro santo padre: jamas anduvo á caballo ni calzado en las dilatadas jornadas que son necesarias en esta estensa provincia: añadiendo á estos ejercicios devotos dos horas de oracion mental de dia, y otras dos de noche, y cuando de dia las ocupaciones le impedian este ejercicio, á la noche las duplicaba, sin que en esto hubiese jamas dispensa.

Fué celosísimo de la salvacion de las almas, y este celo le trajo en continuo movimiento, ya convirtiendo infieles, ya catequizándolos, ya convirtiendo con sus eficaces y doctos sermones públicos pecadores, y ya manteniendo á muchos con sus saludables consejos en el estado de la gracia y observancia de la ley divina, á que ayudaba mucho la continuada aplicacion del confesonario, y ni con tanto trabajo ni afan se daba por fastidiado su ardiente celo, pues al considerar la perdicion de las almas y las ofensas que estas cometian contra su bienhechor Jesucristo, lloraba sin consuelo; y en la contemplacion de la ingratitud humana á las finezas divinas padecia su corazon abrasado mortales desmayos: en confirmacion de su celo y del intenso amor que tenia á su Dios, y deseos fervorosos de que todas las criaturas correspondiesen con gratitud á su soberano Maestro y á sus finezas amorosas, referiré el siguiente caso.

Predicaba un juéves santo en la catedral de Durango delante del primer señor obispo de aquella santa iglesia, el sermón de mandato, á que asistieron ambos cabildos y todos los ciudadanos y plebeyos: comenzó á ponderar el amor de nuestro divino Maestro Jesucristo en aquel heróico acto de postrarse á los piés de la criatura el Criador, la inocencia hecha peana de la malicia, y el que es por esencia todas las cosas, humillado al mismo polvo; ponderaba así mismo las finezas de dejarse sacramentado por beneficio del hombre, y la ingratitud villana de

éste à vista de tan escesivos favores, y en la repetición de uno y otro esceso subió tan alto el contrapunto de las finezas de Dios, que comenzó á encendérsele el rostro al tierno predicador con tanto esceso, que despedía resplandores tan encendidos como el oro mas acrisolado cuando es herido de los ardientes rayos del sol: los que le escuchaban le miraban compungidos y admirados, y con especialidad el devoto príncipe Hermosillo, honra que fué de la religion Augustiniana y primer obispo de aquella santa iglesia, que sin poder contener las lágrimas, prorumpió en públicos sollozos, y mas cuando advirtió que entre las ternezas que el devoto predicador decia, espirò arrimado al respaldo del pùlpito, quedando parado con postura recta. Al principio discurrieron ser algun éstasis ó desmayo, y cuando acudieron los señores canónigos, le hallaron difunto; pero bañado de encendidos resplandores, que se le fueron acabando poco á poco. Aquí fueron los llantos y las lágrimas de todos, publicando á voces la santidad del venerable padre, que á la sazón era guardian del convento. Aquí fué cuando llamados muchos del portentoso suceso con las luces del rostro del predicador venerable vieron la disposición de sus conciencias argüidas y reprendidas por las bocas de tantas claridades como registraban esparcidas en aquella religiosa cara, que conociendo los engaños del mundo, procuraron resguardarse en el fuerte seguro de las sagradas religiones, siendo el primero que, estimulado de este suceso, pidió nuestro santo hábito, el devoto sacerdote, secretario y capellan del señor obispo, como diré en otro capítulo.

Como el dia era tan ocupado, llevaron el venerable cadáver al convento, y le pusieron en una capilla de su iglesia, para satisfacer al devoto concurso, y con las ocupaciones precisas del tiempo de semana santa le dejaron sin sepultar hasta el sábado despues de cantada la gloria, en cuyo tiempo permaneciò tan flexible, incorrupto y fresco, como si acabara de espirar, despidiendo un fragante y suave olor que recreaba y consolaba á todos, permaneciéndole el rostro tan sereno, que mas parecia estar dormido que muerto. Diósele sepultura en la capilla mayor de la iglesia de nuestro convento, cuyo oficio hizo el ilustrísimo y reverendísimo señor obispo, acompañado de su venerable cabildo; y como su muerte y circunstancias maravillosas

habian sido tan notorias, y su vida tan ejemplar y religiosa, fué innumerable el concurso, que sin poder reprimir las lágrimas de gozo y de ternura, se esplayaban y derramaban todos en alabanzas del venerable religioso, siendo esta la causa que obligó á nuestros religiosos à escribir en diversos papeles uniformemente esta noticias por la provincia, que no fué poco, segun han sido nuestras omisiones en este punto.

Del justo dice la sutileza del Crisóstomo, que antes de morir no solo se regocija festivo, sino que se le baña de resplandores el rostro: *Justus prius quam carne expolietur, hilarescit*: y habiendo sido este venerable padre de inculpable vida, parece que le acreditaron los resplandores de su rostro antes que espirase: y si el cisne con armoniosas dulzuras celebra sus funerales, como cantó la erudición fabulosa: *Cantator cignus funeris ipse sui*: se debe escribir su alegre y milagroso tránsito, pues murió este varon apostólico cantando las mas escesivas finezas que ejecutó nuestro Divino Maestro en beneficio del hombre, dejándonos su cuerpo sacramentado para el cumun consuelo en aquella feliz y última noche de su eucarística cena.

El venerable Fr. Buenaventura de Arriaga, hijo de la santa provincia de Cantabria, que vino en misión á esta de Zacatecas, fué natural del señorío de Vizcaya, cuya muerte prodigiosa es digna de igual admiración que la antecedente: fué varon ejemplarísimo en todo género de virtudes, esmerándose especialmente en la puntual observancia de nuestra seráfica regla, la que guardó con tal tesson en todos sus preceptos y consejos evangélicos, que afirmó su confesor, con quien generalmente se dispuso algunos dias antes de morir, que no habia faltado jamás á ellos en cosa grave. En la enseñanza y educación de los indios fué singularísimo, gastando todo el tiempo que le restaba despues de sus espirituales ejercicios en industrialarlos é instruirlos en los documentos cristianos, siendo uno de los mas vigilantes ministros que tuvo la provincia en aquellos primeros años.

Fué devotísimo de María Santísima, en cuya prueba ayunó en honor de la Señora todos los sábados del año por toda su vida á pan y agua, con otras particulares devociones con que prevenia las festividades de la Reina de los ángeles: eligiòla por su

maestra y protectora, consagrando á sus plantas los empleos y ejercicios mas principales de su apostólica vida. Nunca le pidieron cosa por tan dulce y venerando nombre, que no la Concediese con toda prontitud y regocijo. Del misterio de su concepcion immaculada fué singularmente amartelado, siendo este día para su devoto y fervoroso espíritu el mas alegre, festivo y regocijado. Decia repetidas veces á los religiosos, que deseaba morir en obsequio de tan devoto misterio, y que si tuviera muchas vidas, las ofrecería con alegría todas en defensa de la immaculada limpieza del primer ser de *María Santísima*, mi Señora.

Con estas fervorosas ansias solicitaba tener el día de la Concepcion purísima de María, algun trabajo especial que ofrecerle á la Señora, en sacrificio de sus devotas y rendidas ansias, y con estos vivos deseos vivió y murió este venerable religioso: revelóle la Señora el día de su muerte, y habiéndose dispuesto para ella con una confesion general, fué el día aplazado, y dijo misa con mucha devocion y lágrimas, y acabada la misa se puso á orar delante de una sagrada imágen de la Concepcion de María Santísima, y en la ferviente oracion que hizo se quedó de rodillas difunto, sin que cayese en tierra el venerable cadáver, antes parecia estar vivo, segun la firmeza que en aquella postura demostraba. Viendo los religiosos que se detenía mucho en la oracion, le fueron á llamar, y juzgando á los principios que estaba en algun éstasis absorto, le hallaron muerto con los ojos abiertos y fijos en la devota imágen de la Concepcion de María, norte seguro en quien afianzó la principal jornada.

No le quisieron mover del parage en que estaba el difunto puesto de rodillas, hasta que le vieron y reconocieron muchos testigos, y entre ellos el justicia mayor de la jurisdiccion, que dió auténtico testimonio, y como los mas habian sido testigos de su ejemplar y religiosísima virtud, juzgaron con sobrado fundamento haber sido su muerte felicísima. Sucedió esta prodigiosa muerte en el convento de San Juan del Mezquital, y para que ni sus virtudes ni las circunstancias de su dichosa muerte se borrasen con facilidad de nuestras memorias, retrataron á dicho venerable padre difunto ante la sagrada imágen de la Concepcion de María Santísima, puesto de rodillas y del

mismo modo que murió. El lienzo perseveraba ahora diez años en dicho convento, donde está sepultado este apostólico ministro; pero no lo están sus heroicas virtudes, pues viven en la memoria de los vecinos de aquellos paises, y en la de los religiosísimos hijos de esta provincia de Zacatecas.

CAPITULO VI.

Vida del venerable padre Fr. Diego de la Magdalena, religioso lego.

De la prodigiosa vida del venerable padre Fr. Diego de la Magdalena ha de ser forzoso hablar con mas cortedad que la que yo quisiera, por falta de instrumentos que aseguren sus maravillosas virtudes, y por el profundo silencio de los religiosos de esta provincia en estas materias; pero las pocas noticias que he podido recoger, son como las celebradas líneas de Apeles, cuyo primor fué el mayor crédito de sus pinceles, siendo por ellas mas conocido que lo fué por otras prodigiosas obras, hijas de su destreza. Fué este venerable varon hijo de padres hidalgos de Villanueva de Barcarrota en la Estremadura: pasó á este reino muy niño con el ánimo que pasan muchos, de adquirir las temporales riquezas que, si saborean el gusto de quien las apetece con ansia, no dejan de ser penetrantes espinas para quien con